

CAPÍTULO XIII

La castidad.

§ 181. Para comprender bien el aspecto ético de la castidad, deben estudiarse antes sus sanciones biológicas y sociológicas. Siendo el criterio supremo de la moral evolucionista el logro del bienestar individual y social, la exigencia de la castidad ha de inferirse de sus efectos en condiciones dadas.

En el hombre, como en los seres inferiores, las necesidades de la especie son las que determinan que tales ó cuales relaciones sexuales constituyan un bien ó un mal, porque las relaciones desfavorables al medro de la descendencia en calidad ó número deben tender á la degradación y extinción del linaje. Así se explica el hecho de que unos animales sean polígamos, y otros monógamos. En la tercera parte de los *Principios de Sociología*, que trata de las «Instituciones domésticas», se ha mostrado que las relaciones entre los sexos toman diversas formas, según las circunstancias ambientales; y que en ciertas condiciones llegan á ser una necesidad ciertas formas inferiores de la relación, puesto que sería fatal para la sociedad el dejar de adoptarlas. Se vió que existía una conexión natural entre la poli-

gamia y una vida de perpetuas hostilidades que acarrearán la muerte de muchos hombres. En efecto: entre varias tribus cuyos varones se exterminan, las que, por ser monógamas, dejan muchas mujeres sin maridos y sin hijos, no pueden conservar su población frente á las polígamas, que utilizan todas sus mujeres como madres (§ 307). Vimos también que en algunos casos, como acontece especialmente en el Tibet (1), la poliandria parece más favorable al interés social que ninguna otra relación de los sexos. Diversos viajeros la aprueban, y hasta un misionero moravo la defiende, diciendo que «una población excesiva en un país estéril debe ser una gran calamidad, y produce «eterna guerra ó eterna escasez (§ 301)».

Tales formas inferiores de matrimonio no son compatibles con la concepción de la castidad existente en las sociedades adelantadas donde se ha establecido la monogamia. Esa palabra, según nosotros la entendemos, denota la abstención de toda relación sexual ó la relación sexual de un solo y único hombre con una sola y única mujer. Pero no cabe extender esta concepción superior de la castidad á aquellas sociedades inferiores, ni debe esperarse descubrir en las mismas una reprobación moral de esas relaciones más libres, semejante á la que en nosotros provocan. Para comprobarlo, dirijamos una ojeada á los hechos.

§ 182. Ya en el § 120 se citan varios testimonios de esta verdad tan sorprendente para los que no han llegado á conocer, á favor de la educación, las manifestaciones multiformes de la humanidad, á saber: que en varias partes existe la aprobación moral de la poligamia, mientras que se condena la opuesta institución. Esa verdad, sin embargo, no debería sorprender á na-

(1) Wilson, *The Abode of Snow*, Edim., 1875, pág. 235.

die, puesto que todos se han acostumbrado á leer desde la infancia la aprobación tácita de semejante uso en el libro que tienen por divino. Se habla allí de la poligamia de los patriarcas como cosa corriente, y se ve una mujer que la aprueba de una manera implícita instando á su marido á tomar una concubina. Pero aparte de esto, el caso de David nos ofrece la sanción religiosa y social del harem: implica la primera la afirmación de que David, á quien Jehová había dado «las mujeres de su señor», era un hombre «según su corazón» (el de Jehová); é implica la otra el hecho de que, cuando Nathán le reconvino, la reconvención consistía en que quitó á Urías su única mujer, no en que él tuviese varias (I *Samuel*, XIII, 14; II *Samuel*, XII). Podemos suponer razonablemente que el tener él varias mujeres constituía un título de dignidad, como lo son ahora las de los reyes en pueblos salvajes ó semicivilizados. Es, pues, notorio que en ciertas condiciones sociales existe un sentimiento pro-moral en favor de la poligamia y de la especie de incontinencia que supone.

Lo mismo ocurre con la poliandria. Varios pasajes del *Mahabharata* (1) dan á entender que era una institución reconocida entre los antiguos indos, institución que estimaban perfectamente justa, y que practicaban aun los hombres reputados como modelos de virtud. Draupadi, la protagonista del poema, tenía cinco maridos, cada uno de los cuales poseía su casa y su jardín; y Draupadi los visitaba por turno, permaneciendo «dos días cada vez». Y, según hemos visto (§ 117), uno de esos maridos, Yudhishtira, desgraciado á pesar de su bondad, proclama el deber de obrar bien sin mirar á las consecuencias, mientras que Draupadi, por su parte,

(1) Wheeler: *History of India*, I, 131, 136, 142.—*Mahabharata*, v, 14667.

pinta las virtudes que, en su sentir, deben adornar á la esposa, y se presenta á sí misma como guardadora de esas virtudes. Ejemplos semejantes ofrecen hoy algunas tribus de los valles del Himalaya, como los ladajis y los champas. Drew (1), después de decir que practican la poliandria, afirma que los ladajis son «joviales, complacientes y de buena condición»; que «no son pendencieros»; que «son muy veraces», y añade: «En cuanto á la libertad social de las mujeres... creo poder decir que es igual á la de las mujeres de los obreros ingleses.»

Pero para interpretar rectamente estos hechos conviene advertir que el estado social en que existía primitivamente la poliandria en los pueblos indios, surgió de un estado social inferior aún en lo tocante á las relaciones de los sexos. Por malos que fuesen los dioses de los griegos, peores eran los de los antiguos indos. En los *Puranas*, lo mismo que en el *Mahabharata*, se leen relatos sobre los «amores adúlteros» de Indra, de Varuna y de otras divinidades; á la vez se dice expresamente que «las ninfas celestiales son cortesanas», y que los dioses «las envían de cuando en cuando á seducir á los sabios austeros». Una sociedad que poseía una teología de tal especie, por fuerza había de ser licenciosa. Hombres que llagaban á atribuir incestos á los dioses, no debían imponerse mucho freno á sí mismos. Leemos en el *Mahabharata* (2).

«En un principio las mujeres no estaban recluidas y vagaban á su albedrío con toda independencia. Aunque en su candor juvenil abandonasen á los maridos,

(1) Drew: *The Jummoo and Kashmir Territories*, 1875, páginas 287, 239, 240 y 250.

(2) Muir: *Old Sanskrit Texts*, IV, 41; v, 324.—*Mahabharata*, I, 4719-22; en Muir, ob. cit., II, 336.

no se las tenía por culpables, porque tal era la costumbre de los antiguos tiempos.»

Y según una tradición referida en ese poema:

Ese estado de cosas fué abolido «por Svetakehi, hijo del rishi Uddalaka, irritado al ver que se llevaba á su madre un brahamín extraño. Su padre le dijo que no tenía razón para irritarse, porque en toda la tierra viven libremente las mujeres de las diversas castas: la situación de los seres humanos dentro de sus respectivas castas es igual á la del ganado en su rebaño».

Es posible, por consiguiente, que la poliandria naciera como una limitación de la promiscuidad, y que ese sentimiento moral que la abona sirviese de base real mente á una castidad relativa.

§ 183. Dejando esta semi-digresión sobre los tipos de castidad rudimentaria que implican los tipos inferiores de matrimonio, y volviendo al examen de la castidad y de la incontinencia, consideradas bajo sus formas más sencillas, atendamos ante todo á los testimonios que ofrecen diversos pueblos no civilizados. Y aquí, continuando el plan seguido en los capítulos anteriores, referentes á otros aspectos de la conducta, me veo obligado á citar hechos que, á no mediar una razón poderosa, omitiría. Con todo, no merecen más reparo que muchos de los que refieren diariamente los periódicos, sin más objeto que dar pasto á una insana curiosidad.

Los libros de viajes nos ofrecen ejemplos cumplidos de la falta completa ó relativa de castidad. Empecemos por la América del Norte. He aquí el testimonio de Lewis y Clarke (1), de acuerdo con el de Ross, á propósito de los chinuks:

(1) Lewis y Clarke: *Travels to the Source of the Missouri*, 1814, pág. 439.—Ross: *Adventures on the Oregon*, 1849, pág. 92.

«Este pueblo, como todos los indios, dista tanto de juzgar criminal, ni aun indecorosa, la prostitución de las mujeres solteras, que ellas mismas solicitan los favores del otro sexo, con la plena aprobación de sus parientes y amigos.»

Esos mismos viajeros citan con respecto á los siux un hecho no menos significativo (1):

«Los siux nos ofrecieron squaws; y viendo que permanecíamos entre ellos después de rehusar, nos brindaban con mujeres para dos días.»

Viniendo más al Mediodía, tenemos á los criks que, según Schoolcraft (2), no son mejores que los chinuks. Y análogos ejemplos ofrecen algunas razas sudamericanas, como los tupis (3) y los caribes (4):

«No se temía infringir la regla de la castidad, ni se veía nada de malo en la incontinencia.»

Los caribes «no hacen ningún aprecio de la castidad de las mujeres solteras».

A estos ejemplos suministrados por América se juntan otros en que la falta de castidad es de orden restringido. Así, «entre los esquimales (5) se estima como una gran prueba de amistad entre dos hombres el cambio de mujeres por uno ó dos días»; á cuyo hecho puede añadirse otro semejante entre los chippeuayanos (6):

«Es una costumbre muy común entre los hombres de este país cambiar de mujeres por una noche. Pero se hallan tan lejos de estimar culpable ese acto, que lo

(1) Lewis y Clarke, ob. cit., pág. 77.

(2) Schoolcraft: *The Indian Tribes of the United States*, v, 272.

(3) Southey: *History of Brazil*, 1810, I, 241.

(4) Waitz: *Anthropologie der Naturvölker*, III, 382.

(5) Lubbock: *Prehistoric Times*, pág. 556.

(6) Hearne: *Journey from Prince of Wales Fort*. Dublin, 1796, pág. 129.

reputan uno de los vínculos más poderosos para estrechar la amistad de dos familias.»

En los dacotas (1), como en otros muchos pueblos, hay relajación de costumbres antes del matrimonio, pero severidad después.

«Pocas naciones existen en el mundo en las cuales no pueda descubrirse la huella de esa costumbre que tiene por origen el natural deseo de no «precipitarse á ciegas en lo desconocido». Sin embargo, después del matrimonio, las mujeres dacotas serán tan austeras como las matronas espartanas en sus relaciones con el otro sexo.»

En la antigua Nicaragua (2), como en varios países, había otra especie de compromiso entre la castidad y la incontinencia.

«Con ocasión de cierta fiesta anual, todas las mujeres, de cualquier condición, podían abandonarse en brazos del que las agradase; pero en cualquier otro tiempo se les exigía rigurosa fidelidad.»

Parece, sin embargo, que con las solteras no rezaba ninguna prohibición, según el mismo Herrera atestigua. Muchas de esas mujeres (dice) eran guapas, y cuando estaban en edad de casarse, los padres solían mandarlas á ganar su dote. Se iban entonces por el país, conduciéndose de la manera más vergonzosa, hasta que reunían lo suficiente para casarse.

Asia ofrece ejemplos de otro uso común en los pueblos no civilizados. Los kamchadales (3) y los aleutes prestan sus mujeres á los huéspedes, y lo mismo hacen

(1) Burton: *The City of the Saints*, 142.

(2) Palacio: *San Salvador en 1576* (en Squier's *Collection of Rare and Original Documents*, vol. I, Nueva York, 1860), página 120, y Herrera: *Historia general de América* (trad. de Stevens, 1725), III, 340, 341.

(3) Ploss: *Das Weib*. Leipzig, I, 293.

otras varias razas del Asia septentrional. Pallas (1) nos dice que los kalmucos son poco celosos de sus mujeres, y se las dejan con frecuencia á los conocidos. Y sobre un pueblo vecino leemos (2):

«Las relaciones de los sexos entre los kirguises son de lo más primitivo: madres, padres y hermanos miran con la mayor indulgencia toda falta de moralidad, y los mismos maridos incitan á sus amigos á estrechar intimidad con sus mujeres... Los burutes desconocen los celos, lo mismo que los kirguises.»

De igual modo, según Prjevalsky (3), entre los mongoles «no se oculta siquiera el adulterio, ni se mira como un vicio». De pueblos más meridionales se pueden citar dos casos:

«Las costumbres de los karens rojos, así casados como solteros, son sumamente relajadas. Defienden como cosa que no tiene nada de malo el comercio sexual de los jóvenes, porque «esa es (dicen) nuestra costumbre (4)».

«Entre las mujeres de los todas es muy común la prostitución, mientras que la castidad es una virtud muy rara. Los lazos del matrimonio y los obstáculos de la consanguinidad son puramente nominales (5)».

A todos estos ejemplos recogidos de diversos países pueden agregarse otros de Africa. En las *Tierras Altas de Etiopía* escribe Harris (6):

(1) Pallas: *Nachrichten über die Mongolen*. San Petersburgo, 1776, I, 105.

(2) Valikhanof: *The Russians in Central Asia* (trad. ing. de Mitchell). 85.

(3) Prjevalsky: *Mongolia* (trad. ing. de Morgan, 1876), I, 70.

(4) Mason: *Journal of Asiatic Society. Bengal*, xxxv, segunda parte, 19.

(5) Shortt: *Transactions of the Ethnological Society. London*, VII, 240.

(6) Harris: *Highlands of Ethiopia*, 1844, III, 167.

«Aquí (en Choa) no se aprecia nada el tesoro de la castidad, y la reparación máxima que puede recabarse en un tribunal de justicia por el caso más grave de seducción no pasa de algunos céntimos.»

El siguiente pasaje de Tuckey (1) revela la clase de ideas corrientes en el Alto Congo:

«Los padres y hermanos de una muchacha la entregan, antes de casarse, á cualquier hombre que les dé cuatro varas de tela, sin que padezca por eso la reputación de la moza, ni le impida casarse después.»

Lo mismo ocurre en otros pueblos diferentes y más meridionales.

«Los buchmanos no consideran como un crimen la infidelidad al pacto matrimonial. Apenas repara en eso la parte ofendida. No parecen tener ninguna idea de la distinción entre la niña, la doncella y la mujer casada; á todas las designan con un solo nombre (2).»

En Polinesia tenemos las conocidas costumbres de la sociedad Arreoi de Tahití, y en la misma región, ó más bien en Micronesia, existen otros ejemplos semejantes. En su descripción de las islas de los Ladrones, dice Freycinet (3):

«Con frecuencia se había visto á los padres vender, sin sonrojarse, las primicias de sus hijas... y á las madres mismas exhortarlas á seguir los impulsos de los sentidos... Aún se posee una de las canciones que cantaban á sus hijas en tales circunstancias.»

Se repite el caso en las islas Palaos, donde es uso general que las madres recomienden á las hijas recién iniciadas que exijan siempre el precio de sus favores;

(1) Tuckey: *Expedition to the River Congo*, 1818, pág. 181.

(2) Lichtenstein: *Travels in Southern Africa*, II, 48, 49.

(3) De Freycinet: *Voyage autour du monde*, 1827, II, 360.

y la explicación del uso es «la avaricia de los padres sancionada por la costumbre (1)».

Pueblos primitivos é incultos ofrecen multitud de ejemplos de todo lo contrario. Dos de esos ejemplos proceden de esas tribus, generalmente relajadas, de la América del Norte. Dice Catlin (2), hablando de los mandanes:

«Sus mujeres son bellas y púdicas, y las buenas familias estiman y respetan la virtud como cualquier otra sociedad.»

Y á propósito de los chippeuas escribe Keating (3):

«La castidad es una virtud que estiman mucho los chippeuas, y sin la cual ninguna mujer puede prometerse ser esposa de un guerrero.»

Pero el mismo explorador afirma que hay mucha parte de vicio que se esconde. Africa proporciona también algunos ejemplos (4). «La mujer cafre es casta y púdica.» «Se dice que son muy raros los casos de infidelidad,» y lo mismo se afirma de los bachasines. Los ejemplos más numerosos de castidad proceden de razas insulares. Mariner (5) dice que en las islas Tonga es muy raro el adulterio. «La castidad, según Marsden (6) es quizá más común (entre los indígenas de Sumatra) que en ningún otro pueblo.» Cosa semejante afirma Low (7) de los moradores del interior de Borneo: «el adulterio es un crimen desconocido, y ningún dayak

(1) Kubary: *Ethnographische Beiträge zur Kenntniss der Karolinischen Inselgruppen*. Berlín, 1885, páginas 50, 51.

(2) Catlin: *Manners and Customs of North American Indians*, 1841, I, 121.

(3) Keating: *Expedition to the Source of St. Peters River*, 1825, II, 165.

(4) Barrow: *Travels into Southern Africa*, I, 160.

(5) Mariner: *Natives of the Tonga Islands*, 1818, II, 161.

(6) Marsden: *History of Sumatra*, 222.

(7) Low: *Sarawak*, 1848, pág. 300.

(del interior) se acuerda de haber oído un ejemplo». También en Dory (Nueva Guinea), según Kops (1), «se tiene en alto precio la castidad... El adulterio es desconocido». Y Erskine (2) declara que las mujeres de Uea, una de las islas Loyalty, «son muy castas antes del matrimonio y fieles esposas después». Algunos pueblos, que en otros sentidos figuran entre los inferiores, aparecen, bajo este punto de vista, entre los superiores. Snow (3) dice que las isleñas de Pictón (Tierra del Fuego) son sumamente púdicas; y es un hecho digno de mención que entre las tribus más bárbaras de los musheras (4) de la India, donde el matrimonio se celebra sin ningún género de formalidades, «son hechos muy raros la falta de castidad ó la inconstancia de las parejas,» y cuando ocurren, atraen sobre el culpable la excomunión de la tribu. Citemos aún dos ejemplos notables que se observan en otras tribus pacíficas de las montañas de la India. Afirma Hodgson (5) que los bodos y dhimales «tienen en mucho la castidad de hombres y mujeres, casados ó solteros». Y según Dalton (6):

«Todos los que han escrito sobre las mujeres son-tales se hacen lenguas de su castidad, y es de advertir que los jóvenes de ambos sexos viven en íntimo contacto y pasan mucho tiempo juntos.»

Frente á estos casos de castidad indígena puede

(1) Kops, citado por Earl: *Native Races of the Indian Archipelago*, 1853, pág. 81.

(2) Erskine: *Cruise in the Western Pacific*, 1853, pág. 341.

(3) Snow: *Transactions of Ethnological Society. London*, I, pág. 262.

(4) *Calcutta Review*. Abril de 1888, pág. 222.

(5) Hodgson: *Journal of Asiatic Society. Bengal*, XVIII, 719.

(6) Dalton: *Descriptive Ethnology of Bengal*. Calcutta, 1872 pág. 217.

ponerse el de otros pueblos corrompidos por influencias extrañas. En una memoria sobre los veddahs, que tienen por vecinos á los relajados cingaleses, Virchow (1) cita la afirmación de Gillings de que ese pueblo no ha empezado á conocer el adulterio y la poligamia hasta que se han hecho tentativas para civilizarlo. Y por mucho que maraville oír hablar á un eclesiástico, en términos parecidos, de una raza tan inferior como los australianos, el Rev. R. W. Holden, según cita de Taplin (2), dice á propósito de una de sus tribus:

«La llegada de los blancos ha contribuido á aumentar la degradación y la miseria de los aborígenes, haciéndolos más, mucho más propensos á toda clase de enfermedades. Antes de nuestra presencia tenían leyes rigurosas, con especialidad en lo referente á los jóvenes y á las jóvenes. Casi era un crimen capital el comercio de los sexos antes del matrimonio.»

Pero no puede decirse otro tanto de las demás tribus australianas.

Estos hechos, tal y como aparecen en las razas no civilizadas, no se prestan á generalizaciones precisas: no acusan relaciones bien determinadas entre la castidad ó incontinencia y las diversas formas de sociedades ó tipos de razas. Los testimonios se inclinan, sin duda, á favor de las tribus relativa ó completamente pacíficas, pero esa correlación no deja de tener sus excepciones; y al revés: aunque la mayoría de las sociedades guerreras se hallan á un bajo nivel en punto á castidad, no ocurre así en todas. Y no proyecta más luz el examen de antítesis especiales. A propósito de

(1) Virchow: *Abhandlungen der K. Academie der Wissenschaften*. Berlin, 1881, pág. 21.

(2) Taplin: *Folklore and Customs of South Australian Aborigines*. Adelaida, 1879, pág. 19.

los indígenas de Viti, esas tribus feroces, que aventajan en canibalismo á todos los caníbales, y que se vanaglorian de mentir, de robar y de asesinar, dice Erskine (1) que las mujeres son pudorosas, y que «la virtud femenina puede medirse con el patrón más exigente»; según Seemann, «el adulterio es un crimen que que se castiga generalmente con la muerte». Por otra parte, Cook (2) pinta á los tahitianos como gente totalmente desprovista del sentimiento de la castidad.

«No tienen, dice, la más remota idea del pudor: satisfacen sus apetitos y pasiones delante de testigos, y sin más vergüenza que la que podemos sentir nosotros en satisfacer el hambre en compañía de nuestra familia ó de nuestros amigos.»

A pesar de lo cual, el mismo Cook habla muy favorablemente de sus prendas de carácter:

«Parecian animosos, francos y sinceros, sin nada de suspicacia ni de perfidia, de crueldad ni de espíritu vengativo: nos merecian la misma confianza que nuestros mejores amigos.»

He ahí contradicciones que parecen inconcebibles dentro de las ideas corrientes entre los pueblos civilizados.

§ 184. En los párrafos anteriores nos proponiamos inquirir, mediante el examen de los hechos, qué relaciones existen, si existe alguna, entre la castidad y los tipos sociales, así como entre aquella virtud y otras virtudes; pero ahora tenemos que atender especialmente á las ideas morales que acompañan á la existencia ó falta de la misma. Ya en varias de las citas que hemos hecho van expresadas ó implícitas esas ideas;

(1) Erskine: *Cruise in the Western Pacific*, pág. 255.—Seemann: *Viti*, páginas 191, 192.

(2) Cook: Hawkesworth, *Account of Voyages*, 1773, II, 196, 188.

sin embargo, para llegar á conclusiones generales, parece preciso observar detenidamente las desviaciones extremas que á veces sufren con respecto á la dirección que podemos considerar como normal. Presentaré tres ejemplos: uno, de un pueblo no civilizado; otro, de un pueblo semicivilizado ya extinguido; y el último, de un pueblo civilizado existente.

Respecto de los votiakos, pertenecientes á la raza finesa, dice el viajero alemán Buch (1):

«Es una ignominia para una muchacha no verse perseguida por los mozos... De ahí, como consecuencia lógica, que sea honroso para ella tener hijos. Así encuentra un marido más rico, y su padre recibe un *kalym* mayor.»

Sobre los antiguos chibchas de la América central leemos (2) que algunos, lejos de preocuparse de que sus esposas fuesen vírgenes, si descubrían que no habían tenido trato con ningún otro hombre, las consideraban como unas infelices, que no habían sido capaces de inspirar afecto á los hombres; y, por consiguiente, las despreciaban como mujeres miserables.

Por último, una nación civilizada del Extremo Oriente demuestra en ciertos casos un sentimiento casi opuesto al que impera tan acentuadamente en las naciones occidentales. Dice Dixon, hablando de los japoneses (3):

«Antes solía ser cosa frecuente (y no sabemos á ciencia cierta que esté abolida la costumbre) el que una hija cariñosa se vendiese durante algunos años al

(1) Buch: *Die Wotjaken*. Helsingfors, 1882, pág. 45.

(2) Simón: *Cuarta noticia de las conquistas de Tierra Firme* (Aglio's, *Antiquities of Mexico*, vol. III), pág. 254.

(3) Dixon: *The Land of the Morning*. Edimb., 1882, páginas 472, 473.

dueño de una casa de mala fama para ver de rehacer la fortuna de su padre, venida á menos. Cuando volvía al hogar paterno, no se la consideraba deshonrada, sino que antes bien, se rendía homenaje á su abnegación filial.»

Mr. Henry Norman, en una obra que acaba de ver la luz, *El Verdadero Japón*, niega que se le tributase tal homenaje á su regreso (por lo menos en los tiempos modernos); pero confirma la primera parte del testimonio, á saber: que los padres venden á sus hijas por cierto plazo; y el hecho de que se tolere semejante conducta, delata de sobra el modo de ver corriente.

He aquí, pues, otras tantas pruebas de que en lo tocante á este punto de conducta, como en lo que afecta á los tratados en capítulos precedentes, el hábito engendra modos de sentir en armonía con él. Es cosa olvidada de puro sabida que, á fuerza de obrar mal, llega á perderse toda idea de que se obra mal, y acaba por creerse que se obra bien. Pues, bajo el punto de vista social, ocurre lo mismo, y debe ocurrir necesariamente, ya que la opinión pública no es más que un agregado de opiniones individuales.

§ 185. Si en vez de comparar una sociedad con otra comparamos las etapas primitivas de las sociedades que se han elevado á la civilización con etapas ulteriores, descubriremos relaciones muy variables entre la castidad y el desarrollo social. Sólo en las sociedades modernas aparece regularmente clara esa relación.

Ya hemos visto cuán bajo era el nivel de los primitivos pueblos de la India en lo concerniente á las relaciones sexuales, y cómo, después de desaparecer la promiscuidad y la poliandria, los poetas y los sabios de tiempos ulteriores trataban de explicar las faltas tradicionales de sus dioses, al paso que el indo de hoy se

sonroja cuando se le recuerdan los amores ilícitos de sus antiguos héroes y heroínas. Aquí parece haber existido un progreso de la índole que debía esperarse.

Que en pueblos vecinos se operaron mudanzas semejantes, cosa es que parece implícita en el hecho de que desapareciera parcialmente la prostitución sagrada, que existía entre los babilonios, egipcios, etc., y que persistiendo, como otros usos relacionados con la religión, más que los usos generales, quizá era signo de ciertas costumbres de las edades primitivas. Ha de notarse también que el raptó de las mujeres, hecho común durante las etapas primitivas de los pueblos civilizados, como lo es aún entre los no civilizados, colocaba á las mujeres robadas en una situación degradante (simples concubinas en general): y, por consiguiente, con la extinción de esa costumbre desaparecía una de las causas que habían contribuido al relajamiento de las relaciones sexuales. Por lo que atañe á los hebreos, el progreso de sus costumbres en este sentido parece indudable, porque aunque Herodes el Grande tenía nueve mujeres, y aunque la *Mishná* hace alusión á la poligamia como cosa existente aún, diversos pasajes del *Eclesiastés* implican la institución general de la monogamia.

En cambio, las mudanzas operadas en el curso de la civilización griega no autorizan plenamente á afirmar que la mejora de las relaciones entre los sexos corresponda á un progreso en la vida social. El empleo que se hacía de las esclavas y sirvientes en las casas de Atenas deja atrás al concubinato que nos da á conocer la *Iliada*; y la existencia reconocida de las hetairas —si distinguidas algunas, nada distinguidas las innumerables restantes;—el refuerzo de los ingresos públicos con una contribución sobre las casas de mala fama,

y la subsistencia de la prostitución autorizada en los templos de la Afrodites Pandemos, concurren á demostrar que habían degenerado las relaciones sexuales. Pasando á Roma, encontramos un innegable retroceso en las instituciones y usos que al caso que se refieren, coincidiendo con la especie de progreso social que supone la extensión de dominación y el desarrollo de la organización política. El contraste entre las relaciones regulares del hombre con la mujer en los primeros tiempos de Roma y el gran desorden de costumbres que predominaba en la época de los emperadores, cuando el recato era sinónimo de fealdad, y cuando se necesitaba una ley para poner freno á la prostitución de las patricias, evidencia que una degradación moral de ese linaje es compatible con una civilización adelantada.

El cristianismo contribuyó en gran manera á la reacción iniciada después de esa época de gran corrupción. Su influjo, sin embargo, no puede atribuirse á una concepción verdadera de las relaciones de los sexos, y á un sentimiento correspondiente, sino más bien á un ascetismo que condenaba los placeres y ensalzaba los sufrimientos. El motivo determinante era extramundano más que propiamente moral, aunque el motivo extramundano alimentaba probablemente el moral. Pero en este caso, como en otros mil, se cumplió la ley general del ritmo. Tras esa violenta reacción vino una contra-reacción no menos violenta: á un período de continencia sucedió un período de excesos—y un período en que se descubre patentemente el encadenamiento entre la acción y la reacción, cuando se ve á clérigos y monjas, célibes por voto, hacerse peores que los seglares, no obligados al celibato.

Conviene añadir que los pueblos del Norte de Europa, donde parece que originariamente reinaban sanas

costumbres en punto á las relaciones de los sexos, sufrieron también en lo sucesivo, aunque en menor grado, el retroceso que, según hemos visto, puede coexistir con ciertas clases de progreso social. Con todo, en la época moderna, al desarrollo de tipos políticos superiores y de estados sociales mejor organizados acompaña una mejora sensible en éste como en otros respectos.

§ 186. Es imposible interpretar satisfactoriamente tan singulares contrastes y variaciones: las causas son muy complejas. Sin embargo, cabe indicar algunas que á veces parecen haber influido, aunque no podamos decir hasta dónde.

A la gran relajación de los tahitianos puede haber contribuido la extraordinaria fertilidad de su país. Hablando de la abundancia de productos que da casi espontáneamente su suelo, dice Cook (1): «Parecen haberse eximido de la universal maldición primitiva de que «el hombre comería su pan con el sudor de su frente». Donde es tan sumamente fácil hallar el propio sustento y el de la prole, parece que poco mal puede haber comparativamente en dejar á una madre criar uno ó varios hijos sin la ayuda del padre; y no existiendo para los progenitores ni para la prole los inconvenientes que emanan de la escasez de los recursos necesarios, no tenderá á surgir esa reprobación de la incontinencia que nace allí donde son palmarias sus consecuencias perjudiciales.

El Africa nos sugiere la idea de otra causa que puede haber contribuido á veces á la relajación. El hecho de que los dahomeyanos (2), como casi todos los pueblos semi-bárbaros, consideran el tener numerosa

(1) Cook, citado por Hawkesworth: *Account of Voyages*, II, 186.

(2) Burton: *Mission to Gelele, King of Dahome*, I, 83.

amilia como la mayor bendición—hecho que recuerda otros análogos de que habla la *Biblia*,—se explica cuando se recuerda que en las fases primitivas, caracterizadas por constantes antagonismos interiores y exteriores, es importante sostener, no sólo la cifra de los miembros de la tribu frente á las otras tribus, sino también el número de miembros de cada familia y de cada grupo, toda vez que los más débiles llevan la peor parte en las luchas. De ahí que, no sólo sea un baldón la esterilidad, sino un motivo de estima la fecundidad; y he ahí quizá por qué en el Africa oriental «no es deshonroso el que una soltera sea madre de familia (1)». Un viajero, cuyo nombre no recuerdo ahora, dice, á propósito de otra tribu, que se le perdonan fácilmente á una mujer todos sus deslices, si echa al mundo muchos hijos.

De este hecho, como de varios anteriores, parece inferirse que existe una correlación entre la incontinenencia y el régimen militar, puesto que la procreación de muchos hijos sólo es un *desideratum* allí donde se registra una gran mortalidad violenta. Hay otro motivo para inclinarse á admitir esa correlación, y es: el rebajamiento de las mujeres donde quiera que impera un militarismo acentuado (veáse *Principios de Sociología*, 3.^a parte, cap. x). Allí donde, como ocurre en los pueblos que viven luchando constantemente, todo el trabajo penoso corresponde á los esclavos y á las mujeres; allí donde estas últimas son botín de guerra de que los vencedores disponen como les place; allí donde las mujeres, cuando no se adquieren por raptó ó lucha, se compran, es manifiesto que, no contándose para nada con la voluntad femenina, el egoísmo no reprimido de

(1) Idem: *Lake Regions of Central Africa*, II, 332.

los hombres será un obstáculo para el desarrollo de la castidad. Y en la poligamia organizada en las sociedades que pierden gran número de hombres por causa de la guerra, en los nutridos harenes de reyes y de jefes, en la compra de esclavas, en todo lo que caracteriza, en fin, al régimen guerrero, vemos, efectivamente, un orden de relaciones sexuales refractario á todo freno moral. Si recordamos que la gran relajación de Roma sucedió á largos años de conquistas; si recordamos que, durante la organización feudal, hija de la guerra, sobrevivió el *jus primae noctis*; si recordamos que en Rusia, país exclusivamente organizado para la guerra, estaban á disposición del señor, hasta hace poco, todas las jóvenes de sus dominios, tendremos nuevas razones para ratificarnos en la creencia de que el tipo de la sociedad militar es desfavorable á la elevación de las relaciones entre los sexos.

Pero no se infiera de aquí que las sociedades extrañas á ese tipo se distinguen siempre por la castidad. Aunque muchas de las tribus pacíficas ya mencionadas se diferencian de las tribus no civilizadas en general por la pureza de las relaciones sexuales, no sucede así con otra tribu pacífica: la de los todas, á quienes caracteriza más bien lo contrario. Además los esquimales, que no saben siquiera lo que es la guerra, admiten el cambio de mujeres.

§ 187. No nos falta ya más que proclamar el hecho que, en medio de tantas complicaciones y disparidades, se trasluce: el hecho de que, sin el imperio de la castidad, no existe un buen estado social. Si no lo demuestra claramente la comparación de los tipos intermedios de sociedades, lo evidencia la comparación de los tipos extremos. Entre los inferiores se cuenta el del grupo de los ku-ka-za, establecido en el Sudoeste de Austrá-

lia, cuyos caracteres principales son (1) «la perfidia, la ingratitude, la falacia y todas las manifestaciones de la trapacería y la astucia»; «no conocen la propiedad»; «no castigan á los criminales»; «no tiene ninguna idea del bien y del mal», y demuestran carecer en absoluto del sentimiento que nos ocupa: «desconocen completamente la castidad y la fidelidad». En el polo opuesto figuran las sociedades más adelantadas de Europa y América, en las cuales, juntamente con un grado relativamente elevado de castidad (en las mujeres, por lo menos), existen también en grado elevado las diversas condiciones indispensables para la vida social que en aquellos australianos faltan. El cotejo de las diversas fases de las naciones civilizadas no deja de concurrir á la demostración. Testimonio: el contraste entre nuestra época y los tiempos que siguieron á la Restauración, en lo tocante así á castidad como á bienestar general.

De tres modos contribuye la castidad á la existencia de un estado social superior. El primero se ha indicado al principio: favoreciendo la crianza de la prole. Casi en todas partes, pero especialmente donde el rigor de la competencia dificulta la crianza de los hijos, sin la ayuda del padre la madre se ve agobiada, y no puede proveer en la medida indispensable al sustento de la progenie. La incontinencia, pues, expone á la procreación de individuos inferiores, y si se extiende en grande escala, debe conducir á la decadencia de la sociedad.

En segundo término, oponiéndose al establecimiento normal de la monogamia, la incontinencia impide el desarrollo de las ideas y sentimientos superiores que ese régimen inspira. En las sociedades donde prevalecen las formas inferiores del matrimonio ó relaciones

(1) Taplin: *Folklore and Customs of South Australian Aborigines*. Adelaida, 1879, páginas 101, 94, 95, 93.

irregulares no puede adquirir gran expansión esa combinación poderosa de sentimientos—afecto, admiración, simpatía—que tan maravillosamente brota del instinto sexual. Y á falta de esa pasión compleja, que presupone manifestamente una relación entre un solo hombre y una sola mujer, el interés supremo de la vida desaparece, sin dejar tras de sí más que intereses relativamente subordinados. El predominio de la incontinencia separa los superiores elementos de la relación sexual de sus factores inferiores: la raíz puede producir algunas hojas, más no verdadera flor.

Al mismo tiempo dejarán de desarrollarse varios de los placeres estéticos más vivos. Basta recordar el importante papel que desempeña el elemento ideal del amor en la novela, en el drama, en la poesía y en la música, para ver que todo lo que tienda á combatirlo tiende á disminuir, si no á destruir, las expansiones principales que pueden llenar los ocios de la vida.